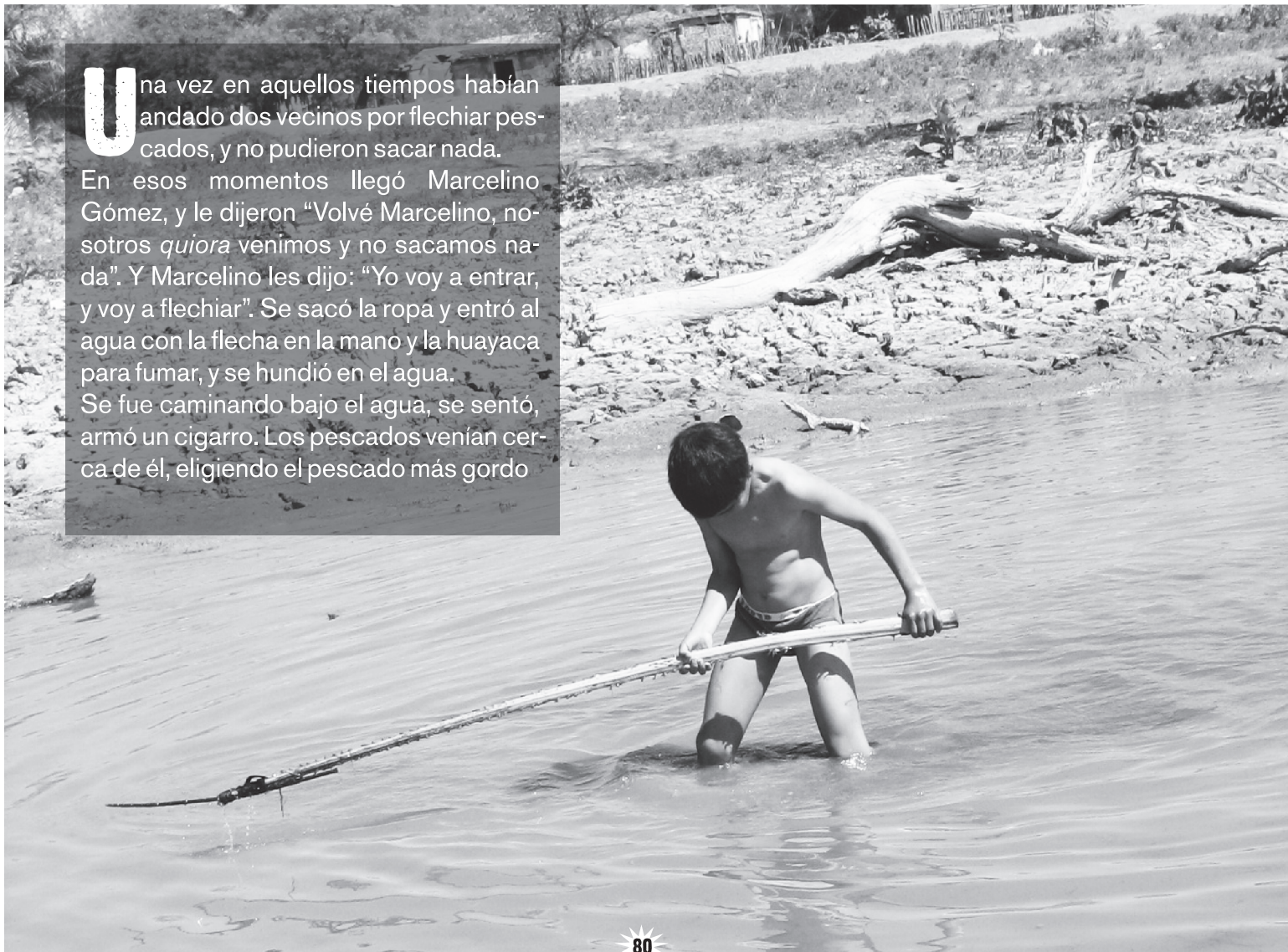


Una vez en aquellos tiempos habían andado dos vecinos por flechiar pescados, y no pudieron sacar nada.

En esos momentos llegó Marcelino Gómez, y le dijeron “Volvé Marcelino, nosotros *quiora* venimos y no sacamos nada”. Y Marcelino les dijo: “Yo voy a entrar, y voy a flechiar”. Se sacó la ropa y entró al agua con la flecha en la mano y la huayaca para fumar, y se hundió en el agua.

Se fue caminando bajo el agua, se sentó, armó un cigarro. Los pescados venían cerca de él, eligiendo el pescado más gordo



CUENTO DE MARCELINO



flechiaba. Los ponía en el sechampe porque el río era muy profundo. Al ver que Marcelino se hundió creyeron que había muerto, y se fueron corriendo a avisarles a la gente. Vinieron a buscarlo y no lo había encontrado. Estaban asustados, llorando. Como a las dos horas, donde entró Marcelino, vino moviéndose el agua... ¡había sido Marcelino que estaba saliendo con sus pescados! Y había dicho: "Han visto que ustedes no sacaron nada, yo flechie diez". Les había ganado con su habilidad y astucia.

Victor Guillín

YACHAS QONQORISWAN APRENDIZAJE DE RODILLAS

ENTREVISTA

Yuyanki kas waa, ris escuelaman? (¿Te acuerdas cuando eras niño, cuando ibas a la escuela?)

-Unay noqaykutá plantonniaq karayku sara-saup, rumisaupi, dirección kichwap rimaptiykó. Director uyarispá o maestros, escuelapi. Tiaq karayku de plantón mana apeq waas na amoptinkuna wasinkunaman, noqaykutá kutichiaq karayku. Antes, cuando hablábamos en quichua, nos ponían de plantón. Ponían un poco de maíz, y nos ponían de rodillas ahí en la dirección, o un poco de piedritas. Y ahí pasábamos horas estando de rodillas por hablar en quichua, con los pantalones arremangados, todo, arriba del maíz. Y ahí pasabas horas. Ya cuando era el turno de salir, de los chicos teníamos que salir a las 12, nos hacían quedar hasta las 2, 3 de la tarde, para que sigamos de plantón ahí, por hablar en quichua.

-Pasaranki? (¿Te pasó?)

-Noqá pasarani chaynata, yo he pasao eso

Ayqa? (¿Cuándo?)

-Unay waa kara, una vez cuando era chico en la escuela. Y maqaq karanku wancha. Unay maestros ancha malos kas karanku, antes los maestros eran muy malos.

-Pit maqasora? (¿Quién te pegaba?)

-Maestroy punteroan (mi maestro con puntero). Punteron mana reqsiyku (no conocemos puntero –risas-). El puntero es un palo que nosotros mismos hacíamos, que nos pedían para llevar, y nosotros mismos hacíamos y llevábamos puntero. Con eso nos pegaban, nos pegaban en las manos, en la espalda, en las piernas. Y a veces estábamos ahí de rodillas en el maíz, y no te daban permiso ni pal´ baño. Nos sabíamos orinar en el pantalón. A mí me ha pasao muchas veces.

-Pero mana gustaranki maqasta... (Pero no te gustaban los golpes...)

-Mana, maqaq karanku todos los días escuelapé (No, sabían pegar todos los días en la escuela). Todos los días me pegaban pues. Tukuy punchaws noqata maqaaq karanku (todos los días a mí me sabían pegar). Claro pero unay ancha tontos kaq karayku noqaykó, tontos erámos los chicos de antes, porque... no sé. El chico hoy en día... Como decirte que antes, a los 6 años aprendíamos a ha-

blar. Y nosotros, antes, en la escuela se sucedían las peleas a cada rato. Hoy no existe eso, hoy no.

-Chicospura? (¿Entre los chicos?)

-Chicospura, kayp suk gradoan, barras ruwakoq karayku á. Un grado con el otro grado hacíamos barras, y peleábamos por cuestión de la bolitas, trompos. Noqat ancha maqaara suk vueltat director. Trompot pukllaq karayku danzachis, tromposninkuta. Y trompo atispá, director ris qara, tikiarani directort, una vez a mí me han pegao, porque estábamos jugando con los trompos a hacer bailar, porque jugábamos de quién el trompo baila mucho más rato. Y bueno, a mí me ha salido mal el tiro, el trompo se me lo ha ido y lo í pegao al director. Ancha fierot maqaara cháyt, muy fiero me ha pegao. Lomon tikiyara (arrojé), en

la espalda.

-Pero, saqeranki maqasraykó? (Pero ¿dejaste por los golpes?)

-Maqa apinku na, mana... no, yo no í dejado porque me han pegao, sino porque no tenía. No tenía pa´ comprar cuadernos, lápiz, ni calzados, nada. Y no podía seguir.

-Y... chayrayku saqeranki escuelamant? (Y... ¿así dejaste la escuela?)

-Saqerani, mana aperani, mana apeq karani ni imatá, ni cuadernot ranterayku (Dejé, no tenía, no sabía tener nada, ni comprábamos cuadernos).

Mana reqsini escuela uyanta, mana yachani ni sutiy churaypuayt, porque mana churanaas ninku yanku. Maqakupanqanku waasniyta, yarqachikupaq kanku waasniy. Noqa rini mikuyt turasniy churapukó sukkuna mikuna. Waasney rinku yarqas pureq waqas. Wasislaw saqanaayku kara Hoyop noqayku paguykumanta. Y mana munas wasis purinaaykut mana churarayku.

Mejores ama yachachunkuchu chaynalla purichunku imayna noqayku kaypi chayna. Mamay yachara utulita leeyta, tatay mana noqaynalla mana yachara wañoq tatay. Ni leeyta más que sutin firmayta yachara chayllat.

Mi papi no sabía ir a la escuela. Él únicamente que sabía firmar el nombre. Mi mami sabía un poco de leer, y mi viejo nada, por suerte firmar el nombre. Mi mamá sí le entendía un poco para leer pero mi papá no, nada, nosotros también.

Nosotros ningunas, una sola chica, sólo mi hermana. Ella aprendió de por sí. Ha alzau el lápiz, un papel a empezar a escribir. Mami le ponía unas letras, lejos lejos, y ella se ha aprendió sola. Mi hermana que vive en Buenos Aires. No ha entrau en la escuela, ella aprendió de por sí. “*Vent, hacé si puede*” le decía “*si entiendes*”. “*Hacé*” le decía, y aprendió sola, pero nunca dentro en la escuela.

Escribiy y 199y

Noqa mana reqsini escuelan uyan imaynash kan. Ni imatapas noqa nisqayki mana rerayku porque mana kachanaatiyku atuchasniyku. Yarqapaq rin waay, y maqakupaq rinku, yantat astachipoq nis mejor waasniy mana rinki.

Bueno, antes eran malos, si le hablabas a la quichua. Si no empiezas a respetar, ái nomá te pegaban grande para que aprendas a respetar. Ahí pasabas por una persona grande, cuando te parabas a servir mate, cruzando las manos... hasta que recibías tu mate, no pasabas por delante de una persona mayor. Si invitas tu mate, vos cruzas las manos hasta que recibías el mate... llevas y le entregabas a tu mami el mate que está cebando.

Bueno “parese ái, cruce las manos, ya va a llevar mate para servirle... Así sabían hacer”.

Chay noqayku, tukuy mana yachayku noqaykó leeyta. Noqa waasniyki ari. Yaykoranku escuelapi y colegiop. Paykuna yachanku waasniyku. Noqaykó mana yachayku ni imatá. Ni pay mana yachan, bueno pay sutinllata firmayt yachan. Noqa mana yachani, solamente dedoywan. No sé escribir ni firmar mi nombre. Yo firmo con mi dedo mi nombre cuando quiera hacer cualquier cosa. Pongo mi dedo y traigo las cosas que voy a sacar

Abuela, 72 años.

EPILOGO

Después de varios años de trabajo grupal (2008-2010), estos jóvenes bilingües pueden presentar, por fin, su libro juvenil quichua desde el departamento Figueroa, destinado a toda la población bilingüe y la mayoría no-bilingüe. Ojalá podamos decir, algún día, que todos los quichuistas (y los que no) se escolaricen y puedan leer éste y muchos libros por hacer, en quichua. Me refiero a las viejas y viejos, las/os adultas/os y las/os jóvenes que siguen estando fuera del sistema educativo, con historias de abandono escolar o directamente sin acceso.

Muchísimos factores jugaron en contra o a favor para que este libro fuera realizado: el intenso calor, los horarios fuera de clases, la falta de financiamiento y recursos, las distancias entre las casas de los chicos, los caminos polvorientos y las ruedas pinchadas de las motos, los trabajos cotidianos y estudios de cada uno, las zorras y los tachos de agua, los ánimos que a veces decaen y siempre se levantan, las complicaciones de intentar escribir en la quichua.

Y después ir afianzando, cada uno, su propia escritura, sus correcciones, incluso sus propios estilos, las traducciones hacia una u otra lengua, las dudas, las seguridades de cada uno, con sus tiempos, sus inquietudes de adolescentes, sus alegrías y sus tristezas cotidianas. Demasiadas cosas nos han sucedido hasta que este libro ha logrado salir.

Una aclaración importante: *Wawqes Pukllas* ha sido elaborado pensando en nuevas lecturas de niños, jóvenes y adultos. La escritura elegida para normalizar todos los textos fue el alfabeto pan-quechua, utilizado por la gran mayoría de lingüistas y sectores quechuas del continente que escriben regularmente en quechua. Seguramente el libro tiene “errores” expresivos, palabras

que “no van”, frases caprichosas. No fue pensado para especialistas o los impiadosos puristas de la lengua. Incluso los mismos hablantes de la zona pueden observar “errores” en quichua. Esto sucede porque los quichuahablantes no son homogéneos en su lengua (nadie es igual que su vecino, menos en su lengua), como no lo es ninguna comunidad. Muchas veces, los hablantes de una lengua creen que los hablantes de otra lengua son “todos iguales”. Nada más falso. En ese sentido, el libro tiene diversidad de textos, estilos varios: hay entrevistas, cuentos, anécdotas, noticias, artículos de opinión, adivinanzas, instructivos de salud, testimonios. Algunos textos se basan en prácticas cotidianas, pero otros no tanto. En resumen, es un libro hecho por jóvenes, con su palabra vital y dinámica, escapándose a (o sin ganas de entrar en) cualquier encasillamiento normativo. La “castilla” cotidiana también ocupa un lugar preponderante en el libro.

Wawqes Pukllas es una bolsa de experiencias vividas que nunca podremos narrarlas del todo. Muchas cosas pasaron en estos años, aprendiendo con estos jóvenes, incluso a veces sin llegar a entenderlos, como todo. Ellos presentan una variedad de textos que pueden servir como lectura, como iniciación de lectura quichua, como disparador de numerosas actividades en el aula, como diversión, como crítica, como reflexión sobre las posibilidades escritas de una lengua cotidiana. Hay muchos textos que nacieron desde la quichua. Otras veces, decidieron escribir desde su castilla, y “pasarlas” a quichua, o viceversa. Las primeras veces co-

menzaron grabándose, sin escribir nada, jugando a decirse cosas, tonteando. En medio de ese clima, la lengua salía. Nadie fue estricto en una forma determinada de escribir. Incluso nos hemos sorprendido con actitudes hacia su lengua, fluctuantes, dinámicas, cambiantes, a veces seguras, a veces no. Cristian, a veces con su silencio, y en su escritura emergen sus picardías cotidianas. Orlando contaba que la vaca vista por el zorro y el tigre, era de color naranja. Azucena tradujo un cuento (“la ciega”) que suele ser enseñado como estrategia de marketing, y sin embargo ella (y los demás) lo re-interpretó como relato de solidaridad. Una vez pregunté a Richar por qué no escribió en quichua un poema que había elaborado en castellano. Richar adujo que ya había “demasiado de mi quichua” en el libro, y “que vean bien en castellano” (su testimonio). Aquí había otra cosa. Había decisiones reflexivas en él. Ni vergüenza ni ocultamiento. Su quichua estaba lo suficientemente establecida en la escritura. Había que dejar que la “castilla” respire un poco en el libro.

Quiero decir que los lectores pueden generar muchas formas de lectura, con este libro que fue construido con muchas formas de escritura.

Estoy escribiendo esto a mediados de 2011. Dos muchachos partieron a la desflorada de maíz en el verano, iniciándose como trabajadores golondrinas en 2010. Otro muchacho fue abandonado por sus empleadores en una finca con otros 200 vecinos-golondrinas que estaban desmontando cerca de Tintina. Me pregunto por ellos y por los demás, por sus posibilidades, su vida futura, la resolución de su situación socio-económica, o no. Quisiera pensar en su lengua, pero hay cosas más urgentes que eso.



Me pregunto por los miles de abuelos que quedaron afuera de la escuela, por hablar quichua. Me pregunto si alguna vez los gobiernos tomarán alguna vez a las lenguas como riquezas potenciales, y no como excusas del turismo y el chauvinismo. Me pregunto por todas las organizaciones rurales, que a mi entender, siguen siendo el sector estratégico en la defensa de su cultura. Los de afuera debemos acompañar, no decidir por ellos. Pero quisiera que esto último fuera más en serio.

Ojalá *Wawqes Pukllas* sea una llave que despierte la curiosidad por leer quichua. Y que muchos jóvenes descubran que sus palabras sí tienen valor, que su quichua puede significar como herramienta de refuerzo comunitario. Que los chicos más chicos logren leer y escribir en su quichua, en la escuela. Que canten, illoren, puteen, jueguen y aprendan su quichua escrita y leída. Y que los maestros y padres descubran que aprender quichua en la escuela ayuda, refuerza, da seguridad a los chicos. ¿No es eso, acaso, lo que los adultos reclamamos de la educación? ¿Seguridades infantiles-juveniles, sentido crítico, inteligencia, calidad educativa? Este libro es un camino posible, aunque muy pocos se animan a ver el quichua en el aula, menos a transitar ese camino.



Todas las personas –de cualquier lengua-, en algún momento de sus vidas, sienten la necesidad de aprender a hablar sin miedo. No hay final en este final. Es sólo un comienzo laborioso y placentero de hacer una quichua hecha por sus mismos hablantes, en la elaboración, traducción, corrección, y discusión de sus propios textos. Posiblemente éste sea el primer libro juvenil en lengua indígena de Argentina, aunque no interesa qué lugar ocupa. Faltan muchos libros quichuas más (y muchos lectores) para reflejar y construir, realmente, un espacio de derechos colectivos.

Héctor Andreani
Coordinador del taller de escritura 2008-2010

